

LÓPEZ ESTRADA

Por AQUILINO DUQUE GIMENO

La festividad de Santo Tomás de Aquino de 1948 o 1949 se conmemoró con un acto académico en el paraninfo de la Universidad en el que se presentaba a la afición sevillana un joven catedrático de Literatura. Fue el más brillante de los tres oradores; no recuerdo sobre qué habló, acaso sobre el viaje de Ruy González de Clavijo al Gran Tamerlán, pero sí que recuerdo muy bien que dijo haber llegado de la Universidad de la Laguna, “avanzadilla cultural de España en el Atlántico”. El joven catedrático recién trasladado de Canarias se llamaba don Francisco López Estrada y era, como le gustaba decir, “catalán bilingüe”. Aunque yo estaba matriculado en Derecho, las dimensiones de la Universidad de entonces permitían el roce con otras Facultades, y el mío fue con la de Filosofía y Letras por más de un motivo. No sé cómo trabé conocimiento con don Francisco, a alguna de cuyas clases asistí de oyente. El caso es que muy pronto fui convocado por él a una tertulia literaria en el café *Los Corales*, a la que entre otros asistían Luis Romero Yáñez-Barnuevo, que simultaneaba el aprendizaje de la Literatura con el de la Música, y Manuel Barrios, que estudiaba cuarto de Derecho y lucía un abrigo *beige* muy bien cortado. De aquella tertulia salió una revista, fundada por don Francisco y titulada *Floresta de varia poesía*, y si se me apura, otra también, *Aljibe*, entre cuyos fundadores figuraban tres alumnos suyos: Bernardo Víctor Carande, Juan Collantes de Terán y Angel Medina de Lemus. Por él conocí a Romero Muru-

be, para mí entonces nada más que un nombre de una “Sevilla oficial” que, ¡oh, adolescencia!, yo rechazaba rotundamente. La tarde que pasamos en la Casita del Moro, la vivienda que Joaquín se había labrado en el callejón de la Judería, me deshizo más de un prejuicio, pues de pronto me vi tocando con los dedos a la mítica generación del centenario de Góngora. Aquella tarde, que entraba dorada y verde desde los jardines del Alcázar, fue uno de los grandes acontecimientos de mi vida literaria, una ocasión de oro a la que el discreto don Francisco me había introducido como el que no quiere la cosa. En la tertulia de *Los Corales* yo le había llevado tiempo atrás un soneto que yo creía perfecto, y él, con la máxima delicadeza, me vino a decir que aquello ya estaba dicho, nada menos que por Horacio y por Ronsard. Insistí yo en que por lo menos me dijera si en mí había madera de poeta y no hubo manera de conseguir que se pronunciara al respecto. Luego entendí que su respuesta fue, por ejemplo, aquella visita que hice de su mano a Romero Murube.

En las perplejidades del fin de carrera, fue él quien me animó a que pidiera una beca del Consejo Británico. Seguí su consejo y así fue como logré entrar en la Universidad de Cambridge, otro hito en mi vida. Desde entonces, con un breve paréntesis, mi vida transcurrió fuera y lejos de Sevilla, pero siempre nos veíamos a cada visita y de un modo u otro nos manteníamos en contacto. Siempre nos hablábamos de usted, pues la buena crianza de aquellos tiempos hacía que los catedráticos se hicieran respetar respetando. El tratamiento me lo apeó él una noche que vino con su mujer a cenar a mi casa romana.

No hace mucho, en una Universidad extranjera donde fui invitado a hacer una lectura poética, al hablar yo de mis primeros pasos entre rimas y ripios, uno de los oyentes ponderó el mérito que yo había tenido en abrirme camino en unos años que el tópico del “páramo” califica de difíciles. Me faltó tiempo para desbaratar ese tópico, alimentado probablemente por otros compatriotas y coetáneos con los que incluso compartí aquellas andanzas, pero que los recuerda según los dictados de la “corrección política” y la “memoria histórica”. En el prólogo a la Poesía de González-Ruano, editada por Trieste en 1986, el prologuista y antólogo don Manuel Rivas, poco complaciente con el estado

de cosas imperante en la España de los 40 y los 50, no tiene más remedio que reconocer que: “El número de revistas poéticas de cierta categoría que dio la década es, cuanto menos – las cifras cantan y más que ninguna la cifra poética – superior al actual.” La mejor manera de que no nos escriban la historia es escribirla nosotros mismos y eso es lo que hice en el capítulo de una obra, inédita o incompleta, en el que empiezo evocando el nombre de una de las personas de cuya mano dí alguno de aquellos pasos, nada menos que por una Floresta de varia poesía que fundó para solaz de quienes frecuentábamos sus lecciones y su amistad. Hablo de don Francisco López Estrada.

POETAS DE ALJIBE

Mi primera lectura pública de versos fue en la residencia del Opus en la calle Canalejas, el domingo 28 de octubre de 1951. Me tenía que haber presentado el catedrático de Lengua y Literatura don Francisco López Estrada, que dijo que si era en el Opus, no. Lo hizo, y muy bien, don Higinio Capote, y no fue ésta la única vez que lo hizo. Don Higinio Capote pudo hacer suyos los versos de Rimbaud, *par délicatesse / j'ai perdu ma vie*. Don Higinio tenía de sensible, de generoso, de culto, de trabajador, de hombre de buen gusto, todo lo que tenía de tímido. Contaba él mismo que, hallándose en Madrid con un amigo en la librería de don León Sánchez Cuesta rebuscando libros de poesía pronunció en voz alta el nombre de Lautréamont. El poeta Jiménez, que andaba por allá, creyó oír “Juan Ramón” y contestó: “¿Qué?” Y Capote, ruborizado hasta la raíz del cabello o del arranque de la calva, se encogió y dijo: “No. Nada.” Y perdió una ocasión de oro de darse a conocer al poeta por excelencia. Fue uno de los pocos amigos que tuvo en Sevilla el difícil Luis Cernuda y fue gran amigo de Joaquín Romero Murube.

Quienes leyeron sus composiciones en el Club La Rábida a los ocho días, o sea, el domingo siguiente, que fue el 4 de noviembre, fueron Fernando Quiñones, Pilar Paz y José Luis Tejada, en representación de la revista gaditana *Platero*. Pasamos con ellos unos días inolvidables y, entre los muchos lugares a donde fuimos, recuerdo muy en especial la emisora de reciente

creación Radio Nacional de España, cuyo director, el americanista don José Hidalgo Nieto, con su voz de bajo profundo y su habano y su panzuda copa de coñac, era un amenísimo conversador. A los ocho días quien leyó en Canalejas fue Bernardo Víctor Carande, presentado por cierto por Romero Murube; al domingo siguiente, día 18, tuvo lugar en el Club La Rábida la lectura del grupo *Aljibe*, y quince días después, la del grupo cordobés de *Cántico* (Ricardo Molina, Pablo García Baena y Julio Aumente). Por esos días vio la luz el número 1 de la revista *Aljibe*, que hacía su presentación en sociedad entre sus dos hermanas mayores, la gaditana *Platero* y la cordobesa *Cántico*. Hay dos meses en el año en que las estrellas me han sido siempre especialmente favorables: marzo y noviembre, y aquel noviembre fue también fausto para mi vida sentimental.

El domicilio social de *Aljibe* y su casa natal, fue la casa de don Ramón Carande en la calle Álvarez Quintero, antes de Las Escobas. De todos nosotros, el único que tenía en su casa habitación propia era Bernardo, y allí nos reuníamos, y su madre, doña María Rosa de la Torre, de quien conservo los mejores recuerdos, nos daba de merendar cerveza y un bocadillo de jamón. Presidía el acogedor dormitorio un sonriente retrato de Mussolini de uniforme, recortado de una revista en huecograbado de antes de la guerra, cosa que atribuíamos a las excentricidades de Bernardo, que nunca fue parco en ellas. En un primer momento, Juan Collantes y José María Madrazo, que era veterinario y, de perfil sobre todo, se parecía a George Sanders, quisieron resucitar *Mediodía*, y fuimos a Joaquín Romero a pedirle permiso, y él no nos dijo que no, pero dejó entrever que una revista nueva tenía que tener su propio sello, que a la fuerza tenía que ser distinto. Hubo tiras y aflojas. Gala decía de Angelito Medina que “tenía atisbos”; Angelito decía que el grupo no podía ser “Carande y su pandilla” y que don Ramón era un “institucionista”, cosa que yo no sabía entonces lo que quería decir, y Madrazo se separó del grupo después de escribir una carta literaria diciendo que Sevilla era ante todo una ciudad mariana y que él era incompatible con las posturas de Gala, entre Narciso y San Sebastián. Lo dejamos ir sin pesar, porque como poeta era flojito. Yo a Madrazo lo recordaba desde los tiempos en que parábamos en la Pensión Córdoba, porque un día que pasaba por

la calle Francos y me paré como de costumbre ante el escaparate de la librería de Pascual Lázaro, había un grupo de niños, también de pantalón corto como yo, y uno de los mayores dijo, señalando al *Quijote* de Avellaneda:

- Ese libro debería estar...pfsss...- e hizo un gesto como de encender un mechero y acompañó la onomatopeya de la llamada sorbiéndose el labio inferior bajo el superior como hubiera hecho George Sanders.

El título de la revista se lo debemos a Gala. Leía él, en el centro de la pieza, un soneto a la Samaritana que decía:

“Samaritana de los seis maridos,
que bebes agua muerta en roto aljibe,
ignorando que el agua sólo vive
en los de Dios veneros escondidos...”

En ese momento Antonio pareció perder el equilibrio y dejó de leer con la cuartilla en alto y sujetándose el abrigo echado por los hombros, mirando de reojo hacia el suelo que era ahora una rampa inclinada. Al día siguiente supimos por la prensa que a esa hora hubo un temblor de tierra. La palabra *aljibe* fue lo que mejor sobrevivió al seísmo o fue puesta a flote por él. El caso es que la adoptamos por unanimidad.

Paco Díaz fue quien nos dibujó la portada del primer número, que salió gracias a unos cuantos anunciantes que nos buscó Joaquín Romero. Fueron tres en total: el propio Joaquín, que anunciaba la salida en aquellos días de sus *Memoriales y divagaciones*, y otros dos grandes amigos suyos, don José Muñiz Orellana, director de una gran compañía de seguros que estaba en la esquina de la Avenida con Santo Tomás, la C.I.A. o sea ¡mucho ojo con pensar otra cosa! Comercio, Industria, Agricultura, y don Ramón Bustillo, gerente de Antigripal Ifmy, que estaba en los bajos de un caserón de la calle Conde de Ybarra. Joaquín tomaba el teléfono y anunciaba nuestra visita: “Ramón, tengo aquí conmigo y van a ir a verte tres jóvenes: uno es sobrino de Alejandro Collantes, otro hijo de don Ramón Carande y el otro es un poeta que ha dado ya mucho de lo que promete. Atiéndelos como tú sabes.”

No es fácil resumir el torbellino vital de aquellos días. En el diario que yo llevaba y que me permite tratar de reconstruirlo, llegué a escribir: “Estoy viviendo en verso”. Cuando no estábamos en una emisora de radio estábamos en una tasca o en el Club, rodeados de periodistas, de poetas mayores, de poetas forasteros, de catedráticos de la Universidad, de compañeros y compañeras de curso, en conciertos, como uno de la Bética de Cámara en el Lope de Vega con Luis Romero al piano, dirigida por Ernesto Halffter, al que asistimos Bernardo y yo, que éramos los únicos que teníamos *smoking*, de rigor en lances semejantes. Nos cupo el honor de ser aludidos por Pelsmaeker en una de sus diatribas al decir que, si había abogados de secano, menos mal que los poetas eran de aljibe. Es increíble que a los veinte años pueda de pronto salir todo tan bien en la vida, porque, insisto, también de aquellas semanas data el comienzo de un idilio del que prefiero recordar sobre todo aquella llamarada inicial.

Aljibe duró seis números, tantos como letras tenía su nombre, y prescindió de los anuncios a partir del tercer número, cuando Florentino Pérez Embid, director general de Información, nos concedió una subvención en torno a la que la Delegación de Hacienda ponía un kafkiano campo atrincherado. Tinta sudaba yo mandando memoriales a los negociados y dando largas al dueño de la imprenta, hombre joven que se había establecido modestamente en un local de la calle Placentines y que se llamaba Flores. También de las subvenciones, vía Opus obviamente, se valía Angelito Medina para ejercer de censor, obligándonos a suprimir un comentario de Bernardo sobre la película *Las uvas de la ira*, prohibida en el Perú por procomunista, según le habían dicho unos estudiantes de allá residentes en Canalejas, o a emascular un Narciso a lo Gregorio Prieto del cordobés Álvarez Ortega. El número VI lo sacó Joaquín Albalade con una subvención del SEU, pues la del Ministerio se acabó al cesar Florentino. Tanto Angelito como Gala abandonaron Sevilla al concluir en ella sus estudios. Bernardo se había separado al no ser nombrado director, cargo al que aspiraba porque, según decía, él era el que “tenía más mundo” de todos nosotros; me votaron a mí, pero no sirvió de nada, porque no había dinero, y además al poco tiempo me fui a Inglaterra. No faltaron suscriptores, y el primero fue un compañero mío de colegio, más joven que yo, muy listo y muy simpático, que también se había lucido en el Juan de la Cueva, llamado

Vicente Peris Mencheta, hijo o nieto del fundador de la agencia de prensa que entonces tenía una calle en la Macarena.

Aljibe nació a la sombra de los poetas del 27. Su primer número se abría con una carta de Vicente Aleixandre. Jorge Guillén asistió a nuestra lectura en el Club La Rábida. Aún vivía Pedro Salinas y le mandamos una postal, que firmamos todos los presentes, encabezados por Carande y Guillén. Carande, que tenía un peculiar sentido del humor, había escogido una antigua postal de la guerra o inmediata trasguerra que era una salida de la Amargura de San Juan de la Palma y debían de estar tocando el himno nacional porque toda la muchedumbre saludaba brazo en alto. Antes de salir el segundo número, murió Salinas y, como había sido rector, la Universidad izó la bandera nacional a media asta. También en aquellos días falleció otro gran amigo y colega de Carande, don Agustín Viñuales, dedicatario de uno de los romances gitanos, el de San Gabriel. Teníamos a la fuerza que sentirnos vinculados a los poetas del 27, y ese vínculo no tenía más remedio que reforzarse con la convivencia de aquellos poetas sevillanos que, más que sus contemporáneos, fueron sus amigos. Esas amistades, a las que se irían sumando las de los otros que quedaban, fueron mis amistades cuando fui creciendo. Incluso el más antipático de todos ellos, Cernuda, fue para mí con su *Ocnos* un poeta de cabecera y me enseñó mucho. Le mandé a Coyoacán un número de *Aljibe* con esta dedicatoria: “A Luis Cernuda, de un sevillano que pasa a diario por la calle del Aire”. Años más tarde, a la vuelta de una de mis estancias en el extranjero, encontraría en mi casa de Alfonso XII el sobre devuelto con la indicación de “destinatario desconocido” o “rechazado por el destinatario”. *Ocnos*, junto a *La ciudad* de Chaves Nogales, *Sevilla del buen recuerdo* de Rafael Laffón y muchas prosas de Joaquín Romero, han sido fundamentales para mi manera de ver y amar la ciudad en que nació. Los versos de Lorca me siguen emocionando, y sin la poesía de Alberti, la mía no sería lo que es.

No tengo, pues, más remedio, en este rastreo de orígenes, que apoyarme en semblanzas de personas que me rodeaban, a quienes quise y admiré y que me ayudaron y me animaron siempre y a las que procuré cada vez que pude mostrar mi gratitud. Entre ellas es de justicia destacar, en lugar muy preferente, a don Francisco López Estrada.